

Sermon de Proper 8, 30 junio 2024
St. Luke/San Lucas, Vancouver WA
2 Samuel 1:1, 17-27; Psalm 130; 2 Corinthians 7-15; Mark 5:21-43

Dios creador,
Que tus palabras se escuchen en nuestros oídos,
Entendido en nuestra mente,
Sentido en nuestros corazones,
Y vivido en nuestras acciones.
Amén.

Nuestra lección del Antiguo Testamento contiene un lamento, un cántico de memoria del rey Saúl y su hijo Jonatán, escrito por David. Es una de las piezas más antiguas de la Biblia, originalmente incluida en lo que se conocía como el Libro de Jashar, un escrito perdido en la historia. También se le enseñó al pueblo de Israel como un poema, una canción de recuerdo, en honor a su primer rey.

Como la mayoría de las canciones nacionales, habla de las grandes obras de quienes se perdieron. David se refiere a Saúl y a Jonatán como “Tu gloria, oh Israel”, como “Los valientes” que han caído. “¡Saúl y Jonatán, amados y encantadores!”

La pieza está llena de imágenes y lenguaje conmovedores, un verdadero homenaje a los dos hombres que murieron. Al leerlo, uno pensaría que fue escrito tras la muerte de un amado gobernante, por uno de sus leales y amorosos súbditos. Sin embargo, ese no es del todo el caso.

Saúl era un gran guerrero, muy alto y apuesto. Sin embargo, no fue un gran rey. Él luchó. Luchó contra lo que muchos piensan que eran tremendas migrañas o una aflicción similar que le hacía comportarse de forma errática. Algunos expertos piensan que sus dolencias físicas pueden haber contribuido a la inestabilidad emocional, algo que no es bueno para un gobernante.

Y David llevó la peor parte de gran parte de la ira de Saúl. En múltiples ocasiones, Saúl se volvió violento con David. Cuando el pueblo comenzó a alabar a David por sus hazañas de audacia en la batalla y a considerarlo líder, Saúl se puso celoso. Ordenó que mataran a David, lo que provocó que David huyera, primero a la clandestinidad y luego a una vida de exilio.

Sin embargo, en el momento de la muerte de Saúl, David no celebró. No se gloriaba en la derrota de Saúl. Las muertes de Saúl y Jonatán, junto con las de los otros hijos de Saúl, allanaron el camino para que David ascendiera al trono. Podría haber aprovechado el momento para animar. Pero en lugar de eso, escribió un conmovedor tributo a Saúl, un hombre imperfecto y destrozado, y a su leal hijo, Jonatán. ¿Cómo se llegó a esto? ¿Cómo pudo David escribir de manera tan conmovedora y tan afectuosa sobre alguien con quien había tenido tanto conflicto?

Es importante recordar que la relación no siempre fue tan tensa. Cuando era joven, David fue recibido en la casa de Saúl, quien mató al gigante Goliat. David era un músico talentoso, frecuentemente llamado a tocar y cantar para calmar a Saúl durante sus momentos más torturados. David recibió tutoría, mentoría y se convirtió en el amigo más cercano del hijo mayor y heredero de Saúl, Jonatán. Finalmente se casó con Mical, la hija de Saúl.

Entonces sí, esta es una historia, no solo de dinastía, sino de familia. Saúl no era sólo el rey de David, sino también su suegro. Jonatán no era sólo el heredero aparente y el presunto futuro gobernante de Israel, sino que también era el cuñado de David, su amigo más cercano, el hermano de su corazón.

Lo que vemos en este pasaje, en este lamento, en este cántico, es un derramamiento del amor que existía entre estos hombres. Un amor que existió incluso en medio de su

conflicto. Un amor que continuó incluso cuando Jonathan, dividido entre la lealtad a su padre y el amor por su mejor amigo, decidió permanecer al lado de su padre.

Y así, cuando Saúl y Jonatán murieron en batalla, David no celebró. En cambio, se lamentó. Él se afligió. Y compartió ese dolor con toda la nación y, a través de sus escritos, con las generaciones venideras.

Ahora bien, quizás te preguntes por qué, cuando tenemos textos tan ricos en nuestra epístola, en nuestro evangelio, textos sobre la justicia económica, sobre el trato de Jesús a las mujeres, ¿por qué estoy hablando de este pasaje bastante oscuro del Antiguo Testamento? Estos otros textos son geniales y te los recomiendo. Hay muchos sermones reflexivos sobre ambos y, si te conectas a Internet y escuchas otros servicios religiosos hoy, es probable que escuches grandes predicaciones.

Pero elegí este texto en particular, este lamento, porque habla de familia. No sólo familia de sangre, sino también familia de elección. Y los desafíos que conlleva ser familia. Saúl, Jonatán, David: eran familia. Tenían profundos lazos de amor. También se enfrentaron a desafíos: enfermedades físicas y mentales, celos, diferencias de personalidad, lealtades divididas, malentendidos, mala comunicación, mucha mala comunicación. Tenían todo lo que tienen las familias reales. Esta no era una película de Hallmark, era real.

Y muchos de nosotros podemos identificarnos. También tenemos relaciones familiares complejas. También nos enfrentamos a desafíos: físicos, emocionales e interpersonales. Y nosotros, como Saúl y David, también tenemos momentos en los que no somos lo mejor de nosotros mismos. Cuando estamos abrumados por las presiones y preocupaciones, cuando permitimos que crezcan los malentendidos, que el dolor se encone, cuando perdemos de vista el amor que nos une.

La iglesia también es una familia, una familia a la que elegimos unirnos. Y, como todas las familias, esto conlleva desafíos. No todos vemos las cosas de la misma manera. No todos

hacemos las cosas de la misma manera. No a todos nos gusta el mismo tipo de música, ni decoración, ni comida. Venimos aquí con diversas dolencias: dolencias físicas, dolencias mentales, dolencias emocionales. Incluso cuando hacemos todo lo posible por ser buenos, no somos perfectos. Nos equivocamos. No siempre somos cuidadosos con nuestras palabras. Nos olvidamos de las citas. Hacemos errores. Nos lastimamos unos a otros.

La pregunta entonces es: ¿qué hacemos cuando esto sucede? ¿Qué hacemos cuando cometemos un error, cuando lastimamos a otro o cuando las acciones de otra persona nos lastiman? En nuestra actual cultura desechable, es fácil alejarse. Simplemente dejar de intentarlo. Pero eso no es lo que nosotros, como cristianos, como hijos de Dios, como familia, eso no es lo que estamos llamados a hacer.

David tuvo la oportunidad en varias ocasiones de matar a Saúl, y no lo hizo porque amaba a Saúl. Incluso cuando Saúl ordenó la muerte de David, David todavía lo amaba.

Jonatán prefirió quedarse con su padre en lugar de unirse a David. Eso tuvo que haber dolido. David quería que su amigo, su mentor, su hermano estuviera a su lado durante ese período turbulento, y Jonatán eligió a su padre en su lugar. Incluso entonces, David amaba a Jonatán. Puede que se sintiera molesto por la elección de Jonathan, pero aun así lo amaba.

Como David, estamos llamados a amarnos unos a otros, incluso en los tiempos difíciles. Estamos llamados a amarnos unos a otros, incluso cuando no estamos de acuerdo, especialmente cuando no estamos de acuerdo. Estamos llamados a amarnos unos a otros cuando alguien está luchando, cuando su enfermedad le hace comportarse de una manera que no es típica de él, debemos amarnos. Cuando alguien comete un error, cuando alguien se equivoca, debemos brindarle gracia y amor. Cuando alguien nos irrita, cuando hace algo que realmente nos pone de los nervios, debemos amar. Y cuando somos

nosotros quienes cometemos el error, necesitamos extendernos esa misma gracia a nosotros mismos, admitir nuestras faltas, pedir perdón y continuar en la relación.

Tenemos la hermosa canción que David escribió para honrar a Saúl y Jonatán después de su muerte, un lamento que derrama su amor por estos dos hombres especiales e imperfectos. No esperemos hasta que alguien se vaya para cantarle nuestro amor. Hagamos nuestro mejor esfuerzo para vivir nuestro amor por nuestras familias, por los demás, ahora, todos los días. Y, en esos momentos en los que nos quedamos cortos, recordemos que nosotros, como David, podemos invocar el amor de Dios para que nos sostenga.

Amén.